

En medio de esta caprichosa y móvil naturaleza, tan enérgica en el bien como en el mal, vendrán hombres cuya diversidad de origen harán constar las páginas siguientes; pero desde ahora podemos afirmar, por el estudio del suelo italiano, que la población colocada en condiciones de territorio y de clima que varían en cada cantón, no será sometida á ninguna de esas influencias físicas, cuya acción siempre igual produce las civilizaciones uniformes y refractarias á las influencias del exterior.

En esta descripción general de Italia hemos pasado á menudo, sin detenernos, cerca de esas colinas de Roma, que á pesar de su modesto aspecto, superan en celebridad á las eminencias más orgullosas del mundo. Esas colinas famosas merecen un estudio aparte.

La tierra es un gran libro en que la ciencia estudia revoluciones en cuya comparación no son las nuestras sino juegos de niños. Cuando interroga el geólogo al suelo de Roma y de sus inmediaciones, lo ve formado, como el resto de la península, por la doble acción de los volcanes y de las aguas. En él se han encontrado restos de elefantes, de mastodontes, de rinocerontes y de hipopótamos, prueba de que en cierto momento de las edades geológicas, el Lacio formaba parte integrante de un vasto continente sometido á una temperatura africana y donde raudos y poderosos ríos corrían al través de inmensas llanuras. En otra época, cuando los ventisqueros descendían tan lejos en el valle del Po y el Adriático llegaba á las inmediaciones de sus escarpas terminales, el mar de Toscana cubría también la campiña romana, formando un golfo semicircular, cuyos extremos eran la Soracta y el promontorio circeano (1).

En el fondo de este mar primordial se abren volcanes cuyas fluidas lavas fueron depositadas por las olas en capas horizontales, que se encuentran hoy mezcladas con despojos orgánicos desde Roma hasta Radicofani. Estas lavas, aglutinadas por las aguas y el tiempo, han venido á ser el *peperino*, toba compacta con que fué edificada la Roma real y republicana. Cuando quedaron en estado granuloso, dieron la *puzolana*, que sirvió para hacer el tenacísimo cemento de los muros romanos. Esta puzolana forma las siete colinas de la orilla izquierda, «sólo el Capitolio está casi enteramente compuesto de una especie de toba porosa: era menester un núcleo más sólido para esta colina, que había de ser el trono del mundo.»

Cuando los pavorosos volcanes de los montes Albanos hubieron levantado el Lacio por encima del mar, las lavas vomitadas por sus cráteres se extendieron por las faldas de la montaña y una de estas corrientes de fuego descendió al través de la nueva llanura hasta *Capo di Bove* (2). De estas lavas petrificadas sacó Roma las baldosas con que cubrió la vía Apia, donde todavía se ven.

Formada en el seno de las aguas cuyas blandas ondulaciones ó llana superficie reproduce alternativamente; retocada luego por la ígnea mano de los volcanes Albanos, el campo romano está atravesado de collados ó colinas y hondonadas que llenaron las aguas dulces. En otro tiempo eran límpidos lagos; hoy son pantanos insalubres (3) y el sabio

(1) Considerábase ahora que el campo de Roma, de Civitavecchia á Terracina, tiene una longitud de 145 kilómetros, y del Mediterráneo á las montañas, su mayor latitud 43. A la altura de Roma, las montañas no están alejadas por lo regular más que 6 ó 8 kilómetros. El Anio cae en el Tíber á menos de 5000 metros de Roma.

(2) Brocchi (*Dello stato fisico del suolo di Roma*). *Capo di Bove* es el punto de la vía Apia donde se levanta el sepulcro de Cecilio Metelo, cuyo friso adornan cabezas de buey recordando los sacrificios hechos cable los sepulcros.

(3) La estación de las fiebres en Roma se extiende de junio á octubre. Horacio temía sobre todo al otoño (Odi. II, XIV, 15; Sat., II, VI,

Brocchi atribuye á la influencia de *l'aria cattiva* el carácter sombrío, violento é irritable de los que llevan en sus venas el germen de la fiebre de las *Maremmas*. Todos los viajeros lo han notado: así como bajo su bello cielo y á la orilla de aquel alegre mar del golfo napolitano, el pueblo es risueño, expansivo, feliz, así el de Roma en medio de aquel campo majestuoso y severo, es triste, taciturno y pronto para echar mano al cuchillo. Encontraremos esta dureza en toda la historia de Roma, pues por más que se crea el hombre inteligente y libre, la naturaleza que le rodea pone en él su sello, y para la mayoría este sello es indeleble.

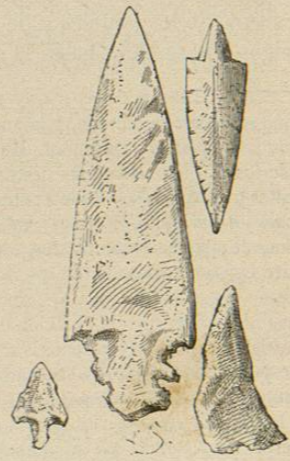
Diríase que la misma influencia obra sobre todos los seres animados: los búfalos y los bueyes de formidables cuernos que pacen en el campo romano, sin temer á la *malaria*, son tan fieros como los pastores que los guardan, y hará bien el viajero que se tenga á respetuosa distancia de ellos.

Mientras el volcán trabajaba para suministrar á Roma la indestructible baldosa de sus vías militares, las cascadas de Tívoli, más poderosas entonces que ahora, y las aguas de los vecinos lagos, saturados de ácido carbónico ó de hidrógeno sulfurado, formaban el *travertino*, sustancia caliza, ligera y blanquinosa que se endurece al aire tomando tintas rojizas ó amarillas. Roma construyó con él todos sus templos, el Coliseo y los monumentos de la época imperial.

La arquitectura de un pueblo depende de los materiales que tiene á mano: el ladrillo da á Londres su tristeza como París debe su elegancia á nuestra piedra caliza, tan fácil de trabajar. El mármol hacía á Atenas resplandeciente de belleza, y Roma fué severa con su pardusco *peperino* macizo, con su *travertino* recortado en amplias hileras, hasta los días en que, con los mármoles preciosos desembarcados en Ostia, pueda ostentar todas las magnificencias arquitectónicas. «De modo que su misma ruina es gloriosa. Y todavía conserva en el sepulcro las señales y la imagen del imperio.» (Montaigne.)

El Tíber era mucho más considerable que hoy, pues recibía entonces todas las aguas del Chiana, acaso algunas del Arno, y llevaba á la mar, con las aguas de la Sabina, las de una grande extensión del Apenino toscano. Sus ondas cubrían el emplazamiento de Roma con un amplio y un profundo lago. Se han encontrado conchas fluviales en el Pincio, el Esquilino, el Aventino y el Capitolio á 40 y 50 metros por encima del Tíber actual. Atajado sin duda el río por las colinas de Decimo hubo de acumular sus aguas detrás de este obstáculo que acabó por llevarse.

El hombre apareció muy temprano en este suelo. En los terrenos cuaternarios de la cuenca de Roma se han encontrado restos suyos, y sílices que había tallado ó pulido, mezclados con osamentas de



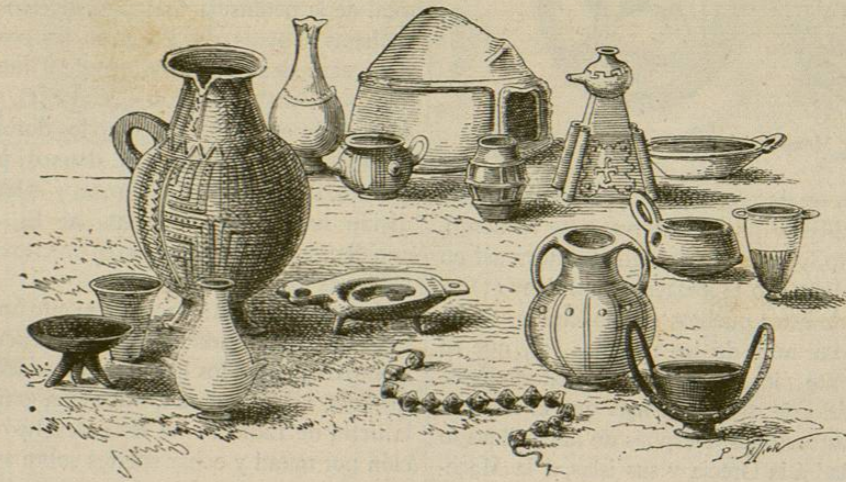
Armas de sílice encontradas en el campo romano (4)

19. M. Colín, médico mayor castrense, atribuye la *malaria* romana menos á los effluvios palúdicos que á las exhalaciones telúricas de un suelo muy fecundo, bajo un cielo ardiente de día entre julio y octubre y relativamente frío de noche. (*Trait. des fiev. interm.*)

(4) *Atlas del Inst. arqueol.*, t. VIII, pág. 36.

cervus elephas, de renífero y de *bos primigenius* (1). A los instrumentos de piedra sucedieron como en todas partes los instrumentos ó herramientas de bronce, y armado entonces el hombre pudo vencer á las fieras y á la misma naturaleza. Pero hubieron de pasar muchos siglos antes de que este trabajo produjera efectos útiles.

En los primeros días de Roma, el Foro y el Campo de Marte, el Velabro, el valle entre el Aventino y el Palatino (*vallis Murcia*) que el Circo máximo llenó después por completo, en fin, todos los lugares bajos al pie de las siete colinas eran terrenos pantanosos, á que solía llegar el río y llega todavía alguna vez. De un cenagal, pues, saldrá la ciudad más bella y poderosa del mundo.



Objetos de barro cocido encontrados en el campo romano (4)

construyendo monumentos imperecederos para la dirección de las aguas subterráneas. La entrada del arte etrusco en Roma era una necesidad geográfica, como la vida laboriosa y ruda de los primeros romanos fué otra, y ya se verá cómo con el arte entraron muchas instituciones civiles y religiosas de la Etruria.

II

ANTIGUOS PUEBLOS DE ITALIA. — PELASGOS Y UMBRIENSES

Italia no ha conservado, como Francia, Inglaterra, Alemania y la Escandinavia los numerosos vestigios de una raza anterior á la época en que el hombre sabía ya abrir el seno de la tierra con instrumentos de metal: á lo menos parece hasta el presente no haber tenido más que en ciertos puntos lo que se llama edad de piedra (4). Separada del resto del mundo por los Alpes y la mar, no fué poblada sino después que los vastos países de fácil ocupación que rodean por el N., E. y O. el pie de sus montañas. Pero una vez habitadas estas regiones, Italia fué el punto de Europa en que se encontraron más razas extranjeras. Todos los países que la rodean contribuyeron á formar su población y cada revolución que vino á turbarlos le valió un

(1) *Bull. de l'Inst. arch.* 1867, p. 4, y Atlas, t. VIII, p. XXXVII. M. Capellini cree haber encontrado en 1876 en Toscana restos del hombre plioceno.

(2) Para los latinos la fiebre era el dios *Februus*, á quien estaba consagrado el mes de febrero, durante el cual se hacían sacrificios purificadores, y de aquí el verbo *februare*, purificar.

(3) *Atlas de l'Inst. archeol.*, t. VIII, pág. 36.

(4) Sin embargo, los descubrimientos prehistóricos se multiplican todos los días en la campiña romana, en la Toscana, y desde la Valtelina hasta Leuca, donde Botti ha descubierto grutas que sirvieron de refugio á los hombres primitivos.

Para defenderse, el Capitolino y el Palatino eran refugios seguros; mas para vivir y extenderse, era preciso descender de las colinas y combatir las aguas perdidas ó estancadas sobre las cuales se cernía ya la *malaria*. La fiebre tuvo desde luego en el Palatino un altar en cuyas aras se procuraba conjurar su fatal influencia con plegarias y sacrificios (2). Pero aquel pueblo supersticioso era á la vez fuerte y enérgico, y lo que pedía á los dioses pedíalo también á su trabajo. Esta lucha contra la naturaleza hubo de preparar también la lucha contra los hombres.

En esta lucha de recomposición ó arreglo del suelo de Roma, recibió ayuda de los etruscos, los cuales sabían muy bien sanear las llanuras fangosas, terraplenando el suelo y

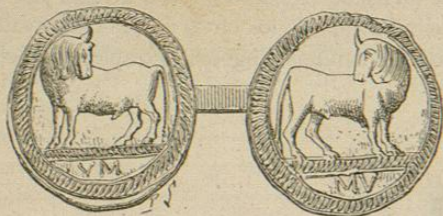
nuevo pueblo. Así, después de largas guerras, España le envió las tribus ibéricas de los sicanos; de la Galia fueron los ligures, los celtas senones, los boyos, insubres y cenomanos; de los grandes Alpes, los etruscos; de los Alpes julianos, los venetos; de la costa oriental del Adriático y del Peloponeso, numerosas tribus ilirias y pelágicas; de la Grecia, aquellos helenos desembarcados en tal número en la Italia meridional, que tomó el nombre de Magna Grecia; del Asia Menor, los pelasgos lidios; finalmente, de las costas de Siria y de Africa, las colonias más ciertas, que Tiro y Cartago establecieron en las dos grandes islas italianas. Y á dar fe al patriótico orgullo de uno de sus historiadores (5), al Egipto y al lejano mundo del Oriente debería la Etruria sus doctrinas religiosas, sus artes y su gobierno sacerdotal.

Italia fué, pues, el común asilo de todos los fugitivos del antiguo mundo: todos fueron allá con su lengua y sus costumbres; muchos conservaron su carácter primitivo y su independencia, hasta que de en medio de ellos se levantó una ciudad, que formó á sus expensas su población, sus leyes y su religión: Roma, asilo ella misma de todas las razas y de todas las civilizaciones italianas (6).

(5) Micali: *Storia degli antichi popoli italiani*, I, 142. Freret: *Recherches sur l'origine et l'histoire des différents peuples d'Italie* (Hist. de l'Acad. des inscr. vol. XVII, págs. 72 - 114.

(6) Hay que decir que todas estas cuestiones de origen y filiación pertenecen al número de los procesos históricos que se están instruyendo siempre. El pro y el contra andan demasiado mezclados aquí para que no se puedan acumular por una y otra parte citas ó interpretaciones diversas, y toda esa multitud de pruebas dudosas que fatigan más que instruyen. Niebuhr dice á propósito de uno de estos pueblos: «¿A qué abuso de imaginación no se han entregado los críticos sobre los misterios y sabiduría de los pelasgos! Su nombre sólo es para el historiador verdadero y grave un objeto desagradable y penoso. Este mismo dis-

Todas las razas itálicas pertenecían a la gran familia indo-europea, que proviniente de las altas regiones del Asia central fué poblando sucesivamente parte del Asia occidental y toda la Europa. Cuando penetraron en la península, habían llegado ya á ese grado de civilización que es el término medio entre el estado pastoril ó nómada y el estado agrícola ó sedentario. Los nombres geográficos más antiguos suministran la prueba de ello: la *Enotria* era el país de la vid, *Italia* el de los bueyes; el nombre de los *opici* significaba trabajadores del campo, y los primeros medios



Moneda de Sibarís

de cambio fueron las reses de ganado, *pecus*, de donde se sacó *pecunia*. Parece que Sibarís quiso conservar este recuerdo, lo mismo que Buxento, y una de sus medallas lleva así en el anverso como en el reverso la imagen de un buey (1).

Los más antiguos de estos pueblos pertenecieron, según parece, á la misteriosa raza de los pelasgos (2), que se encuentra confusamente citada por tantos historiadores, aunque no haya dejado de sí misma más que el nombre y construcciones indestructibles. Después de haber llevado su industriosa actividad á la Grecia y sus islas, á la Macedonia y al Epiro, á Italia y acaso á España, desapareció, perseguida, según la antigua leyenda, por las potencias celestiales y entregada á males sin fin.

Al principio de los tiempos históricos sólo se encuentran de este gran pueblo inciertos y vagos despojos, como se descubren en el seno de la tierra los restos mutilados de primitivas creaciones. Es todo un mundo sepultado, una civilización precoz detenida, que las tribus victoriosas calumniaron después de haberla destruído. Se dice que víctimas humanas ensangrentaban sus altares y ofrecían en un voto el diezmo de sus hijos. Los sacerdotes dirigían á su voluntad las nubes y tempestades, llamaban la nieve y el granizo, y con su mágico poder cambiaban las formas de los objetos; conocían los encantos funestos; con su mirada fascinaban á los hombres y á las plantas; sobre los animales y los árboles derramaban el agua mortal de la Estigia, y sabían curar, como también componer los sutiles venenos. Así en las mitologías del Norte, hubieron de relegar los godos á los extremos de la tierra, bajo la figura de industriosos enanos y temibles hechiceros, á los fineses, á quienes

gusto me impidió en otra ocasión hablar de este pueblo de una manera general para no dar motivo á un nuevo desbordamiento de escritos sobre este enojoso asunto. Pero más tarde no pudo resistir á la tentación ó inclinación «que lo arrastraba, como á muchos de sus compatriotas, á adivinar la historia perdida,» y los pelasgos le merecieron sesenta páginas. El trabajo más reciente y completo sobre los antiguos pueblos de Italia es debido á Schwegler (*Römische Geschichte*, t. I, págs. 154 á 384).

(1) Monedas samnitas acuñadas durante la guerra social tienen también por lema *Vitelu* en lugar de *Italia*. Acaso se encuentra en una carta de Decimo Bruto á Cicerón (*Fam.*, XI, 20) la más antigua mención del nombre de Italia aplicada á toda la península hasta los Alpes.

(2) *Pelasgi primi Italiam tenuisse perhibentur.* (Serv. in *Æn.*, VIII, 600).

(3) Hay también cerca de Tivoli un *valle di Siciliano*.

(4) De una multitud de testimonios parece resultar que pueblos de la raza iliria habían cubierto toda la costa oriental de Italia, precisa-

habían desposeído. Como los pelasgos, los fineses abren las minas ó trabajan los metales, y ellos son los que forjan para los dioses odónicos los lazos indisolubles del Lobo Fenris, como Vulcano, el dios pelásgico, había forjado para divinidades nuevas también las cadenas de Prometeo.

Parece, pues, que hubo al N. y al S. de Europa dos grandes pueblos que conocieron las primeras artes y comenzaron esa lucha contra la naturaleza física, que nuestra civilización moderna continúa con tanto esplendor. Pero ambos á dos fueron domados y maldecidos, después de su derrota, por tribus guerreras que tenían el trabajo por obra servil, haciendo de la esclavitud la ley del mundo antiguo.

En Italia, donde las primeras colonias llegaron á una época remota, los pelasgos cubrieron la mayor parte del litoral de la península tomando diversos nombres. Al N. en las bajas llanuras del Po, y en las costas del O. desde el Arno eran sículos, fundadores de Tibur, uno de cuyos cuarteles se llamaba Sicelión (3); al S. O. chonos, morgetas y sobre todo enotrios, que como los dorios de Esparta, tenían comidas públicas; al S. E. daunos, peucetienses y mesapienses, divididos en calabreses y salentinos, que una tradición hace venir de Creta; al E., en fin, liburnos, de aquella raza iliria que acaso es preciso confundir con la raza pelásgica (4).

Los tirrenios eran probablemente uno de los pueblos pelásgicos. Una tradición griega, de acuerdo con los documentos egipcios, los hacía provenir de Lidia. «En días del rey Atis, hijo de Manes, hubo una grande hambre por toda la tierra de Lidia... Con esto, resolvió el rey dividir la nación por mitad y echar suertes sobre sus destinos: unos debían permanecer en el país y otros salir expatriados. El rey continuaría reinando sobre los que quedaran, dando á los emigrantes por jefe á su hijo Tirsenos. Echadas las suertes, los destinados á salir del país descendieron á Esmirna, construyeron naves, cargaron en ellas cuanto podía serles útil y partieron en busca de una tierra hospitalaria. Después de haber costado muchas, desembarcaron en la Umbria marítima, donde fundaron ciudades, que habitan hasta el día. Dejaron su nombre gentilicio de lidios, y en honor del príncipe que los había conducido, se llamaron desde entonces tirsenios (5).»

Estas ciudades de que habla Herodoto se alzaban al norte de las bocas del Tíber, y por tanto, muy cerca de Roma. Eran Alsio, Agilla ó Ceres (6), Fírgi, que le servía de puerto, Tarquinia, que tanto figuró en la historia romana y acaso, en las bocas del Arno, Pisa, cuyos habitantes hablaban el griego.

La narración de Herodoto es fabulosa, pero bien puede recordar una emigración verdadera. En tiempo de los emperadores esta tradición era nacional en Sardes y en Etru-

mente situada enfrente de Iliria, mientras el litoral del O. hubo de estar ocupado por pelasgos, y Micali (II, 356) identifica estos dos pueblos. Es también la opinión de los críticos dálmatas, que encuentran grande analogía entre el osco, que es casi latín, y los vestigios del antiguo ilirio conservado en el dialecto de los skipetaros. Grote admite el parentesco de los enotrios, de los sículos, etc., con los epirotas. Todos, dice, tienen la misma lengua, las mismas costumbres, el origen mismo, y pueden comprenderse bajo el nombre de pelasgos. Y añade: *They were not very widely separated from the ruder branches of the hellenic race* (*History of Greece*, III, 468). La influencia pelásgica se reconoce en la más antigua religión de Roma, sobre todo en el culto de Vesta, y se encuentra en los libros sibílicos, que recomendaron la construcción de un templo á los Dioscuros, el culto de la buena diosa y el sacrificio de dos galos y dos griegos. En fin, Samotracia, centro de la religión pelásgica, hizo que el senado reconociera su parentesco con Roma (Plut., *Marcell.* 30).

(5) Herod., I, 94; Dionisio de Halicarn.; *Antig. Rom.*, I, 27 á 30.

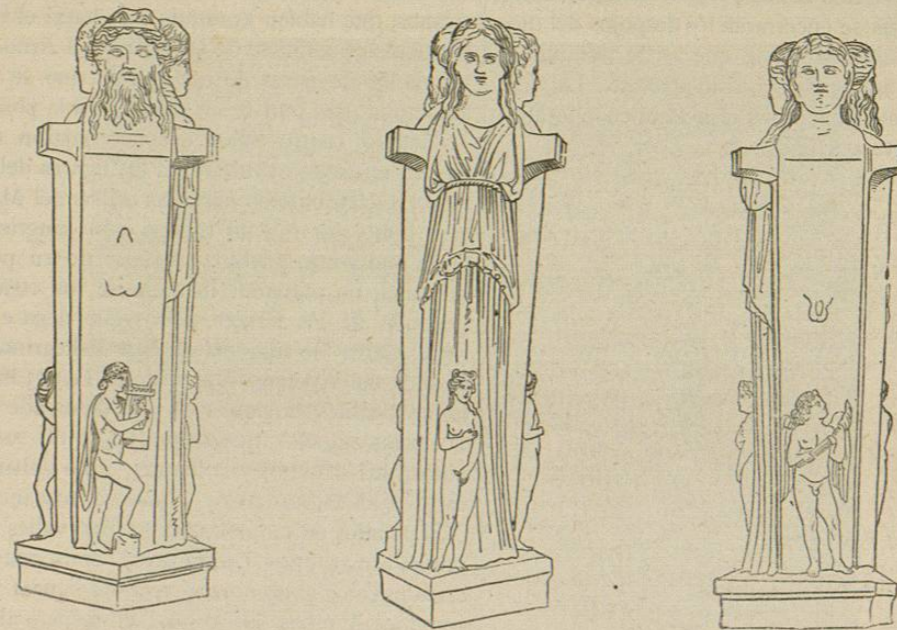
(6) *Ibid.*, I, 20. Dionisio hace de Pisa una ciudad pelásgica.

ria (1). Sea de ello lo que quiera, los pelasgos tirrenios tuvieron un poder que extendió á lo lejos su fama, pues á pesar de la conquista del país por los rasenas, los griegos no conocieron nunca entre el Tíber y el Arno más que el pueblo de los gloriosos tirrenios (2), y los atenienses consagraron en el bello friso del monumento corágico de Lisícrates el recuerdo de las hazañas de sus dioses contra los piratas procedentes de los puertos del Tirreno.

Pero admitiendo la existencia de los tirrenios, no es necesario sacrificarles los etruscos. Los romanos, que ciertamente no lo habían aprendido de los griegos, llamaban *Tusci* ó *Etrusci* (3) á los rasenas, sus vecinos, y las tablas Eugubinas, monumento umbriense, los llaman igualmente

Turscum, prueba evidente de que el nombre de tirrenios era nacional también en Etruria. ¿Y qué puede significar este uso indígena de dos nombres sino la coexistencia de dos pueblos? Después de la conquista, los tirrenios no fueron exterminados ni desterrados; todavía prevaleció su nombre en las naciones extranjeras, como en Inglaterra el de los anglo-sajones sobre el de los conquistadores normandos; y los progresos ulteriores del poder etrusco parecieron ser los de los antiguos tirrenios.

Los pelasgos formaron, pues, en las costas occidentales de la península la primera capa de población, que cubrieron muy luego otros pueblos. En medio de estos recién venidos, los antiguos señores de Italia, como los pelasgos de la Gre-



Los Cabeiras (4)

cia, perdieron su lengua, sus costumbres, su libertad y hasta el recuerdo de lo que habían sido. No queda de ellos más que los muros ciclópeos de la Etruria y del Lacio, muros inmensos colocados sin cemento, las cuales han resistido las injurias del tiempo y de los hombres (5). Algunos pelasgos, sin embargo, escaparon, y cediendo al movimiento de invasión que se obraba de norte á sur, ganaron poco á poco la grande isla á que dieron su nombre los sículos, y donde los siguieron los morgetas. En cuanto á los que prefirieron al destierro la dominación extranjera, formaron en muchas partes de Italia una clase inferior, que permaneció fiel en su abatimiento á aquel hábito del trabajo, uno de los caracteres de su raza. En la Enotria, las ocupaciones bajas ó serviles, es decir, toda la industria (6) fué su patri-

monio, como en el Atica, donde se les confió la construcción de la ciudadela de Atenas; de suerte que aquellas tan alabadas artes etruscas, aquellas figuras de bronce (7) y de barro cocido, aquellos dibujos en relieve, aquellos vasos pintados, semejantes á los de Corinto, etc., pudieran ser obra de los pelasgos, que quedaron siervos y artesanos bajo los lucumones etruscos.

Su religión es tan oscura como su historia. Refiérese al culto de los Cabeiras de la Samotracia, Axiokersa, Axiokersos y Casmilos, dioses cósmicos, personificaciones del fuego terrestre y del fuego del cielo, que convenían á pueblos mineros y herreros. Más tarde se identificaron los Cabeiras con las divinidades griegas. Así, en un famoso Hermes del Vaticano, Axiokersos está asociado á Apolo-Sol, Axioker-

(1) Tac: *Ann.* IV, 55, y Estrab: V, I, 2.

(2) Hesiodo, *Theog.*, 1015 y 1016.

(3) Los griegos decían *Τυρρηνοί* y *Τυρσηνοί*, y de aquí, por la forma etrusca *Turscum*, se llega fácilmente á *Tusci*, *Etrusci* y *Etruria*.

(4) Dibujos sacados del *Diccionario de antigüedades*.

(5) En Segni, los muros compuestos de enormes bloques forman un triple recinto. En Alatri, se ve aún la ciudadela pelásgica. Los muros tienen 40 pies de altura y algunas piedras 8 ó 9 de largas. El dintel de una de las puertas de la ciudad está formado por tres bloques unidos, y se conoce por el exacto ajuste de las piedras, que fueron bien labradas y puestas con arte. Es una obra de gigantes, pero de gigantes hábiles (Ampere, *L'Histoire romaine à Rome*, t. I, pág. 135). Para la descripción de estos monumentos, véase Abeken: *Mittelitalien vor den Zeiten römischer Herrschaft*.

(6) A Temesa (Tempa en el Brucio) iban los tafenses á cambiar el cobre por hierro brillante (*Odys.*, I, 148). En tiempo de Tucídides (VI, 2) sículos habitaban aún esta ciudad. Esteban de Bizancio

(v. *Xtót*) dice que los griegos italianos trataban á los pelasgos como los lacedemonios á los ilotas.

(7) Según la tradición, los telchines pelásgicos, medio hombres, medio genios, fueron los que inventaron el arte de trabajar los metales y ejecutaron las primeras imágenes de los dioses. Niebuhr ha notado la singular coincidencia que existe en el latín y el griego entre las palabras que designan una casa, un campo, un arado, la labor, el vino, el aceite, la leche, los bueyes, los cerdos, los carneros, las manzanas (habría podido añadir *metallum*, *argentum*, *ars* y *agere* con sus derivados), y en general todas las palabras que atañen á la agricultura y á la vida pacífica, mientras los objetos que se refieren á la guerra ó á la caza, *duellum*, *ensis*, *sagitta*, *hasta*, se designan con palabras extrañas al griego. Este hecho se explica, si se observa que los pelasgos, pacíficos é industrioses, formaron el fondo de la población en Grecia y en Italia, sobre todo en el Lacio, donde los sículos permanecieron confundidos con los Cascinos.